



Pedro

Zarraluki

La curva
del olvido



DESTINO

La curva del olvido

Pedro
Zarraluki

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1546

© Pedro Zarraluki, 2021
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición: octubre de 2021
ISBN: 978-84-233-6013-0
Depósito legal: B. 13.026-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Black Print CPI
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

PRIMERA PARTE

Memoria y porvenir

Aquel verano, mientras ellos se iban de vacaciones, el mundo parecía desmoronarse. Las protestas contra la guerra de Vietnam se sucedían por todas partes, en abril habían asesinado a Luther King y acababan de tirotear también a Robert Kennedy, el socialismo con rostro humano pendía de un hilo en la Checoslovaquia amenazada por la Unión Soviética y Francia recuperaba a duras penas la normalidad tras la revolución de mayo. Un verdadero seísmo colectivo que no impidió que, un día de primeros de julio, Vicente Alós y Andrés Martel embarcaran en el Ciudad de Barcelona en compañía de sus hijas Sara y Candela. Así, entre maletas y con la estimulante agitación que producen los viajes en barco, empezó esta historia.

Tras una noche que le había resultado agobiante en el camarote, el amanecer sorprendió a Vicente Alós acodado en la borda de estribor contemplando el paisaje sumido en la bruma. El barco circundaba la isla en dirección al puerto y él notaba bajo los brazos la vibración de los motores. En la línea de la costa, que se difuminaba en la neblina hasta fundirse

con el mar y las nubes, se estremecían las diminutas siluetas de los edificios. Parecía imposible que hubiera todo un mundo allí, tras aquel manto de silencio y frialdad. Llegar a una isla por mar, de madrugada, es como alcanzar una tierra de la que no se sabe nada, ni siquiera si habrá en ella algún signo de vida, ocultas riquezas o amenazas, como en la *terra ignota* de los antiguos planisferios. Una isla en la distancia es un misterio, pues su calor y todo lo que esconde solo pueden conocerse desde dentro.

Llevaba Vicente un buen rato allí entretenido con esos pensamientos cuando apareció Andrés Martel. Había aceptado la invitación del primero de pasar el verano en Ibiza, pero no parecía contento de su decisión. La noche anterior, tras mantenerse obstinadamente sentado en una tumbona de cubierta ajeno a la partida del barco, se había retirado a su camarote sin cenar, alegando que le dolía la espalda. Habían pasado solo tres meses desde la muerte de Silvia, su mujer.

Se frotó las manos buscando calentárselas y luego se apoyó en la borda para contemplar el casco del barco, que desplazaba el mar con un sonido de suave rasgadura. Era difícil dejar de mirar aquel movimiento constante.

—Ahí abajo hay un montón de ánforas —dijo como para sí mismo, observando el agua impenetrable de un azul oscuro—. Se venden bien. Ahora está de moda poner en el salón un ánfora con incrustaciones marinas.

Andrés Martel tenía, junto con un socio capitalista de apellido aristocrático, una tienda anticuaria en

una callejuela que desembocaba en el paseo del Born. No todo lo que allí vendían podía justificar una procedencia legal. Se excusaba asegurando que el mercado de las antigüedades no habría podido existir sin gente que en el pasado hubiera robado las piezas, y que los museos de arqueología ya cargaban con almacenes llenos de objetos con los que no sabían qué hacer. En realidad, el problema que tenía Andrés era que no podía mirar el mar sin ver los tesoros que escondía en su fondo, y lo mismo le pasaba cuando veía un olivar, un trigal o una pedanía con una vieja iglesia en ruinas. Allá donde fuera notaba la presencia de los siglos hundidos o enterrados bajo sus pies, y había sucumbido a la pasión de indagar qué se conservaba de ellos. De haber sido rico habría acabado como Arthur Evans, gastándose todo su dinero en aflorar los restos de una civilización desaparecida. Como no lo era, tenía una relación con las antigüedades mucho más mundana y mercantil. Comerciaaba con ellas gracias sobre todo a los contactos de su socio, pero en una vitrina de su casa guardaba algunas piezas de las que no había querido desprenderse. En una ocasión le había insinuado Vicente que algún día tendría problemas con la Guardia Civil, y Andrés le había contestado que el pasado bien valía una buena propina.

Aquel amanecer en el Ciudad de Barcelona se quedó unos instantes allí asomado, embebido en la contemplación de las aguas que la quilla abría. Vicente observó a su vez su amplia calva y los largos pelos ralos que le nacían sobre las orejas y se le extendían en línea por el cogote, agitados por la brisa

marina. En el tiempo que llevaban sin verse había engordado y parecía todavía más abatido de lo que en él ya era habitual.

Entonces Andrés se volvió hacia Vicente y le dijo:

—Las literas de este barco son como cajas de cerrillas. Candela ha vuelto a soñar con su madre. Se ha incorporado dando un grito y se ha golpeado la cabeza contra el techo del camarote.

Sara y Candela no aparecieron hasta que el barco iniciaba la maniobra de aproximación al muelle, las dos abrazadas a sí mismas, pasando frío bajo su ropa de verano. Ya había amanecido, pero el sol no calentaba todavía. Se entretuvieron los cuatro contemplando la ciudad blanca que ascendía desde los muelles hasta Dalt Vila y la catedral. Formaban los viajeros un extraño grupo. Dos hombres que ya pasaban de largo la cincuentena y dos mujeres jóvenes que tenían toda la vida por delante.

—He dormido de maravilla —dijo Sara, sin ser consciente de que solo ella tenía esa suerte. Era una mujer sensible e inteligente, pero le costaba interesarse por el estado de ánimo de los demás.

—Pues yo he pasado la noche en un ataúd —contestó Candela.

Se conocían desde niñas. Candela era casi un año menor que Sara, acababa de cumplir los veinte. En Barcelona habían sido siempre vecinas y pasaban en el pueblo de Gelida los largos descansos estivales, en la casa que alquilaban sus padres cuando las familias estaban unidas. Habían aprendido a la vez a nadar y

a montar en bicicleta. Se habían criado juntas, pero eran tan radicalmente distintas que no habían llegado nunca a compartir nada que fuera importante para las dos, como si sus secretos y sus ansias fueran también diferentes. De pequeñas se miraban la una a la otra con curiosidad y algo de aprensión, con esa impenetrabilidad que solo se tiene en la infancia. Sara, la hija de Vicente, era una joven morena de ojos gris oscuro siempre ágiles y brillantes, a la que le gustaba adornarse con collares, pulseras y todo tipo de abalorios. Cuando andaba parecía a veces una maraca. Era tan sociable que nunca había estado realmente sola. Había acabado el tercer curso de Filología Inglesa, pero no tenía muy claros los motivos por los que estaba estudiando aquello, como no fuera que deseaba viajar mucho en su vida. En cuanto a Candela, había abandonado Bellas Artes el primer año convencida de que nunca sería una buena artista, y tras muchas vacilaciones, más que nada por encontrar alguna dedicación, estaba estudiando Secretariado. Aquello había sacado de quicio a su madre, que no entendía que una chica con tanta sensibilidad se limitara a aporrear las teclas de la máquina de escribir. La muerte de Silvia, a la que Candela consideraba la única persona en el mundo capaz de entenderla y ayudarla, había acabado de hundirla en un desconcierto del que no sabía cómo salir. Era una joven de rasgos delicados, como modelados con el deseo de eludir cualquier arista, y una larga melena rubia recogida casi siempre en una coleta. Tenía los ojos de un verde turbio, lacustre, pero lo que realmente impresionaba de ella era su piel blanca, casi

traslúcida, absolutamente desamparada ante cualquier agresión que pudiera llegarle del exterior, tan suave y tan frágil a la vista que parecía que no hubiera prenda en el mundo capaz de abrigoarla. Eso, unido a su carácter retraído, provocaba en los demás el impulso de protegerla, ventaja de la que no sabía abusar por no ser en absoluto consciente.

Sara y Candela no veían el mundo de la misma manera, o no veían el mismo mundo.

—Me extraña que Jakob se retrase —dijo Vicente, observando los grupos de personas que en tierra los veían llegar—. Prometió que estaría esperándonos.

El barco levantó un gran remolino de agua y comenzó a girar en busca de los amarres. El comentario de Vicente provocó que Andrés y las hijas de ambos se volvieran hacia el muelle en un infructuoso intento por encontrar a aquel Jakob, pues no lo conocían. Era un alemán al que Vicente había hecho un chalet en Talamanca, al otro lado de la bahía. Vicente Alós era arquitecto. En cuanto a su cliente Jakob, había sido profesor en la Universidad de Múnich. Durante la guerra lo había reclutado la Wehrmacht y lo había enviado a la campaña de Rusia, donde estuvo casi un año. Tras la derrota juró no regresar nunca a su país. Llevaba metralla en una pierna y caminaba cojeando. Vicente no sabía bien de qué vivía, pero resultaba evidente que no le faltaba el dinero. En Ibiza se dedicaba a beber demasiado y a discutir con la gente. Era un buen hombre, pese a todo. Tenía palabra. Y había prometido a Vicente conseguirle un coche para su estancia en la isla.